

JORGE GUILLEN, AL FINAL

ANTONIO RAMOS ESPEJO

Un noveno piso del Paseo Marítimo de Málaga permite al poeta agarrarse a la vida frente al mar. Su balcón es un rompeolas en este día de terreal. Jorge Guillén avanza hacia los 88 años con la barca de la *España peregrina* desde la infancia feliz, tierra adentro, en Valladolid, hasta los años fatales del exilio con este final de puerto, amarrado entre aguas y soles. En septiembre, soltará todo su cargamento, *Final*, la obra de toda una travesía. Y luego..., la mar se encargará de llenarle otra vez el copo.

Y O me encuentro muy bien en Málaga entre mis buenos amigos, que se han portado muy bien. Me han hecho hijo adoptivo de la ciudad; me han hecho

doctor *honoris causa* por esta Universidad. Tengo amigos que me rodean y que nunca me dejan solo; por consiguiente, estoy muy a gusto aquí y muy agradecido. Ahora, ahora bien, estoy aquí muy bien; pero, soy de Valladolid.

-Sí, sí...

-Porque usted sabe que a los extranjeros hay que enseñarles la gran diferencia importante en lengua española entre el *ser* y el *estar*. Yo estoy en Málaga muy bien y soy de Valladolid con gran satisfacción.

-¿Y por qué ha sido el *estar* en Málaga?

-Me he venido por la familia García Lorca, que es amiga nuestra, ¿verdad? Se vinieron ellos y también nosotros.

-Ellos pasan temporadas en Nerja.

-Sí, en Nerja. Vimos Málaga, nos gusto mucho y tomamos un piso. Eso ocurrió en el año 66. Desde entonces hemos venido todos los años y desde 1977, que me dieron el «Premio Cervantes» y tuve una afección de riñón, ya me quedé aquí porque me trataron en el hospital «Carlos Haya», donde todos los médicos se han convertido en amigos, ¿verdad? Y estoy aquí mejor cuidado.

«Queramos paz»

-¿Cómo recuerda desde este mar de reposo sus orígenes, Valladolid, su familia...?

-Mire usted, yo he nacido en Valladolid y estoy totalmente de acuerdo con mis orígenes, con mi familia... Todo marchó allí muy bien, no hubo ningún conflicto... Pero, claro, después de haber andado por el mundo, ya estoy acostumbrado a ir de un lado para otro y estar aquí, frente a este mar, me encanta. Es una casa modesta, pero frente al mar. Y esto no se paga con nada.

-Como un vasto mar que vuelve hacia la costa...

-Esto es, esto es... Me gusta mucho estar aquí. Mi mujer que es Irene, que es romana, también le gusta mucho el mar.

-Volviendo a los orígenes, ¿qué influencia ejerció su madre en su formación?

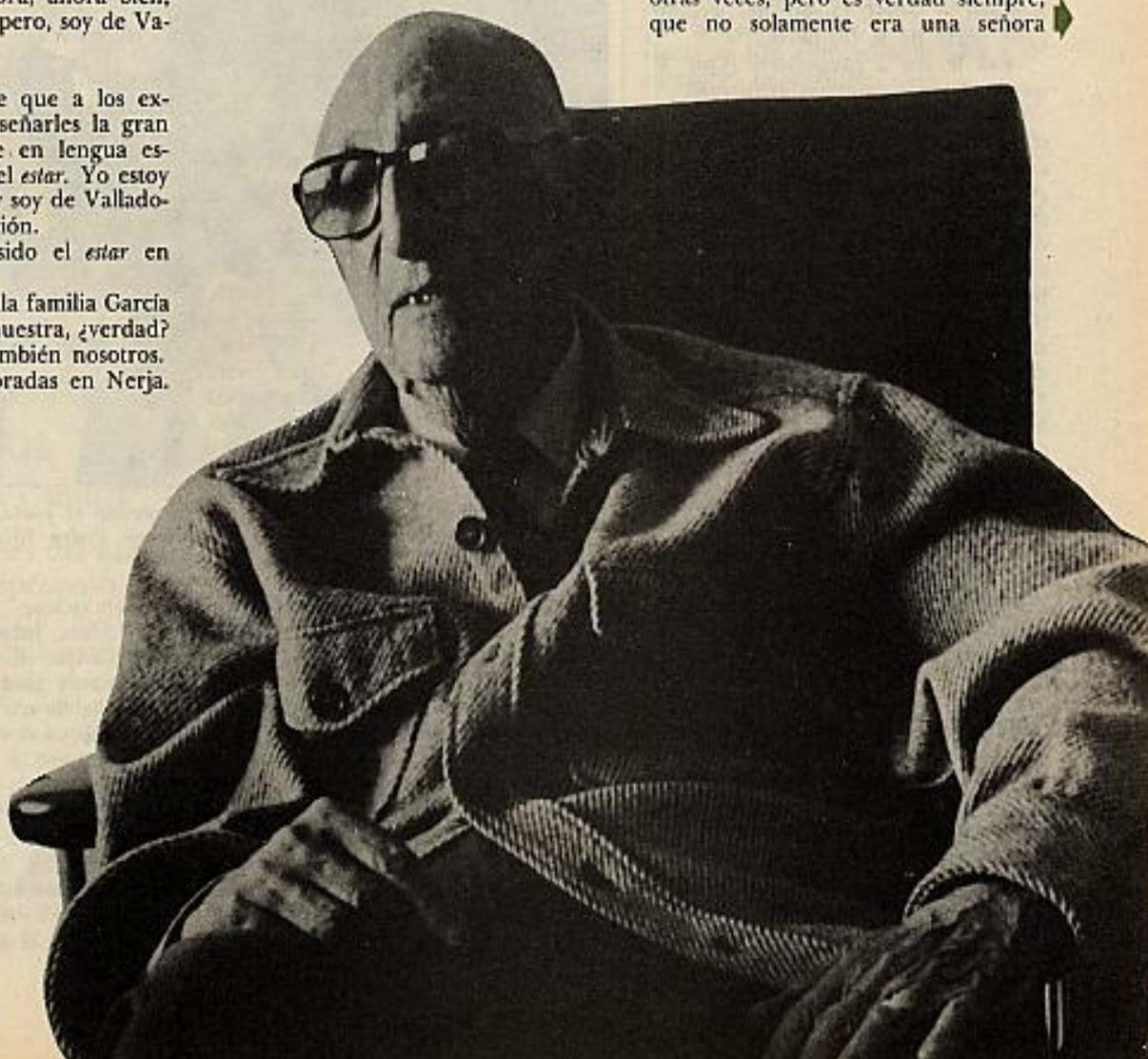
-Esencial... Bueno, yo soy hijo de mi padre y de mi madre.

-Ya...

-Pero, mi padre fue sobre todo un hombre activo... Y mi madre era más bien todo lo que se refería a la espiritualidad, a la conciencia, a la religión. En ese sentido, tuve una gran influencia de mi madre. Ya lo he dicho otras veces, pero es verdad siempre, que no solamente era una señora

Jorge Guillén lleva varios años viviendo en Málaga: «He nacido en Valladolid y estoy totalmente de acuerdo con mis orígenes... Pero después de haber andado por todo el mundo, estoy acostumbrado a ir de un lado para otro y estar aquí, frente a este mar, me encanta.»

Octubre 1981



JORGE GUILLEN, AL FINAL

católica de Valladolid, como todas, sino que además tenía una cosa rara en todas partes, que era cristiana. Hombre... Qué cosa. Era cristiana. Es decir, que si a la conducta católica, que no tiene ninguna consecuencia moral, ninguna, se le añade el ser cristiano... Mi madre, además, me aportó la parte de cultura. Ella me compró el *Quijote* y me dijo: mira lo que dice este párrafo... Me compró un libro, que si usted en Granada lo encontrase, si usted lo tuviese, el libro de don Pedro Antonio de Alarcón, «*De Madrid a Nápoles*». Cuanto me gustaría que me lo encontrase, porque me lo robaron de casa.

-No será difícil encontrarlo en Granada.

-Aunque sea una edición moderna. Mi madre me lo regaló... Su padre había sido gallego, había sido presidente de la Diputación de Valladolid en la primera República. Y no es que mi madre fuera republicana, pero tenía ese sentido liberal y cristiano. Y, claro, yo, todo eso, no lo he leído, lo he mamado y sé que a la persona hay que tratarla como lo que es, como persona. Oiga, que yo nunca he oído decir *esa criada es clase baja*. Jamás, jamás... Nunca, nunca. He aprendido un sentido cristiano de la persona, que eso lo tengo. Luego, he perdido gran parte de la fe; pero...

-Eso le iba a preguntar. ¿Qué le queda de esos orígenes cristianos?

-Hombre, sobre todo, me queda la conciencia. Y luego, siento todo lo cristiano y católico desde dentro, ¿verdad? Yo no digo, el cristianismo, el budismo..., no, no, no, yo estoy dentro, en absoluto. Por eso escribí tantos poemas sobre los cristianos, porque lo siento. Ahora, estrictamente la fe... Pero, la conciencia moral la tengo. Pero, claro, todo esto es cristiano, no tiene nada que ver con la vida católica. Mi conciencia cristiana bien sabe que el homicidio es siempre asesinato. ¿Y la pena de muerte? El verdugo asesina. Matar por patriotismo, eso... Bueno, pues todo eso se lo debo a mi señora mamá. Porque lo he vivido. Porque soy un hombre de paz, liberal, ¿verdad? Por eso, la última palabra de mi libro es *paz, queremos paz*; no, queremos, paz... *Queremos paz*.

«Yo no puedo correr»

-En este largo recorrido suyo, habrá pasado por distintas etapas de vida espiritual. ¿Se vuelve al final a los orígenes?

-Mire usted, yo vuelvo al final en el sentido de que me mantengo fiel... Porque yo no digo Sócrates y Cristo.

No. Porque Cristo es aparte; es un mensaje aparte. Yo creo en Cristo, como profeta de Israel. Y lo cristiano es aparte y eso lo siento profundamente desde mi infancia, de todo lo que me ha dado Valladolid. Y claro, realmente, es ese sentido de paz, convivencia, de tolerancia, de honestidad, de sentido de la humildad. Porque la gente no sabe cuando se dice humildad lo que es eso. Se puede decir también modestia. Yo sé, por experiencia, lo que es la palabra humildad. Y si yo dijese que soy humilde, parecería... No, no, no, porque lo he aprendido cuando era niño.

-¿Y le ha servido en la vida ser humilde?

-Ser humilde, tener sentido de los límites. Yo tengo todo un gran poema largo que se llama *La visión de Sancho*, cuando esté en la *ínsula Barataria* y ve que todo aquello es mentira y es una farsa y de pronto se encuentra lo que él es y va a buscar a su asno. Se pone allí, se despide de todos y se va tranquilo y sereno porque ha venido

«Y yo, lo andaluz, lo siento profundamente»

-¿Cómo llegaron ustedes, los poetas castellanos, con otro sentido como más austero de la vida, a convivir y formar una *generación* con los poetas andaluces?

-Hombre, pues mire usted, en primer lugar porque todo lo andaluz es español y lo castellano es español. Y en ese sentido, un nacionalismo andaluz me parece inconcebible. Aquí vienen muchos muchachos a verme, de los que estudian el *bachillerato* y claro me dicen que todos los grandes poetas son andaluces. No es del todo verdad. No es necesario que sea verdad. Hombre, pues, sí, yo creo que todos los grandes poetas, o casi todos, desde Bécquer para acá, son andaluces, además de algún que otro que no es andaluz. Ahora, antes, pues qué sé yo, ¿verdad?, Garcilaso, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Lope, Quevedo, Calderón...



En la Universidad de Alcalá de Henares recibió el poeta, en 1977, el Premio Nacional de Literatura «Miguel de Cervantes». Pedro Sáinz Rodríguez y Julián Marias le felicitan al final del acto.

a reconocer humildemente lo que es el sentido del propio ser, los límites... Eso es ser humilde, claro.

-Y usted...

-Yo soy un anciano profesor y poeta. Y nada más. Y si usted me dice, ¡salga corriendo!, yo no puedo correr. Porque mis límites, que yo acepté serenamente, me lo prohíben. Si me dice, ¡salga corriendo! No, si yo no corro.

-Con el pensamiento si que corre mucho.

-Hombre, eso es otra cosa.

-Son ciclos.

-Y antes, Jorge Manrique, que hay algunos que dicen y se empeñan en que sea de Jaén...

-De la Sierra de Segura.

-Y eso es una puerilidad. Pero, es verdad que la poesía moderna es andaluza. Y yo lo andaluz lo siento profundamente. Y eso no lo aprendí de mi madre; lo aprendí de mi amigo Pedro Salinas, que era un gran entusiasta de Andalucía, que había sido profesor en Sevilla, y él fue el que me dio el gusto y el entusiasmo



Pedro Salinas, Ignacio Sánchez Mejías y Jorge Guillén, en primer término; detrás, Antonio Marichalar, José Bergamín, Corpus Barga, Vicente Aleixandre, Federico García-Lorca y Dámaso Alonso.

por Andalucía cuando era pequeño. Luego, como hay tanto insensato por ahí, que telefona y se entromete, me han preguntado desde Barcelona, ¿porqué le gusta a usted tanto Andalucía? Pero habrase visto tonto...

-Fue Málaga un trompolín...

-No, no... Yo he venido a Málaga después. Yo tenía mucho entusiasmo por Sevilla. Estaba Pedro Salinas de profesor en Sevilla y yo fui luego a reemplazarle en el año 31; y claro, él sentía pasión por Sevilla y sobre todo por los Reales Alcázares; hasta el extremo que decía: «Bueno, Sevilla son los alrededores del Alcázar». Pues todo eso contribuyó a interesarme por Andalucía. Y, luego, he leído mucha poesía andaluza. Y no sólo Góngora, ¿verdad? Nosotros, los amigos, defendimos a Góngora; defendimos a Bécquer. Porque había algunos cursis que se creían tan exquisitos, que les parecía cursi Bécquer. Pero, ¡qué es eso de que Bécquer es cursi! El cursi será usted. De modo que hemos defendido al Bécquer romántico. Porque entonces a aquellos maestros, que nosotros venerábamos y veneramos, no les gustaba Góngora; lo rechazaban. Nosotros lo defendimos y aquello no era ninguna extravagancia. Con esa capacidad de creación del lenguaje. Porque el pueblo andaluz tiene tanto sentido poético del idioma... Yo cuento siempre una anécdota de Ignacio Sánchez Mejía...

-Muy amigo de todos ustedes.

-Ignacio era el único torero que yo he conocido. Tenía Ignacio una cosa muy pintoresca, no que se había casado con una hermana de Gallito y de Rafael El Gallo, no... Es que era tan inteligente como el profesor más inteligente de una universidad muy buena. Además era un señorito. Era un señorito que se había achulado un poco, ¿verdad? Y tenía una actitud así un poco de sultán paternal con los que trabajaban en su finca. Dijo una

vez, «llama a fulano que venga». Y luego un albañil, alto, un poco pálido... «Oye, vamos a ver, aquí está este señor, ¿te acuerdas de aquello de Zaratustra?». «Bueno...». «Sí, hombre...». Y aquel obrero había tenido en sus manos, por casualidad, «Así hablaba Zaratustra», de Nietzsche.

-¡Qué barbaridad...!

-Eso, eso es un fenómeno andaluz, un fenómeno español. Porque en otros países, donde las cosas están más ordenadas, para haber leído a Nietzsche hay que pasar por la universidad y ser por lo menos doctor o licenciado. Pues eso ocurre aquí, que a un albañil le gusta un libro de Nietzsche en esta Andalucía con tanto sentido poético.

«La lengua de la dictadura no me interesa»

-Usted, como hombre de Valladolid, donde se habla muy bien el castellano, ¿le chocó la forma de hablar en Andalucía?

-No, nada... Sólo que, a veces, es más difícil de entender. Y luego, todo eso se domina. Hay un cierto dejo, con gracia, como cuando habla Felipe González, cuando habla Alfonso Guerra, que ha estado aquí... Pero todo eso me parece natural. Como el acento sudamericano...

-También es una riqueza.

-Hombre, claro. Mire usted, acabo de recibir una carta de una señora de Colombia que es llamada *Alba de Arboleda*. Bueno, pues todo eso lo paladea con un castellano... Porque los colombianos tienen a gala hablar muy bien el castellano. Y, por ejemplo, no he oído a nadie hablar con mejor castellano que al señor Belaunde, presidente del Perú, y a López Portillo. Y

eso, mire usted, es fantástico, le da importancia a nuestra lengua. Y ahora hay escritores maravillosos que escriben en nuestra lengua, como García Márquez, Cortázar, el señor Onetti, que ha obtenido el «Premio Cervantes». Hombre, eso es fantástico. La capacidad de lectores que puede tener un escritor en castellano... Es formidable. Luego, no importa que haya localismos y cosas de la época. Yo vivo entre la gente y tengo mucha relación con los jóvenes, pero no digo pintadas. Porque hablo mejor y digo letreros. No hablo como Cervantes, ni siquiera como Pedro Antonio de Alarcón. Hablo como la gente de mi época... Por eso, la lengua de la dictadura no me interesa. ¡Pintadas...!

-Son letreros, ¿no?

-O eso de demasí.

-Que es una forma de hablar de los barrios de Madrid, de los pasotas...

-Ve usted, yo no digo *pasota*. Yo hablo, como lo tengo ya escrito, *de las palabras vividas*, ¿verdad? No empleo nunca términos que no haya vivido. No sólo leído, sino vivido. Pero, términos raros, exquisitos... No, no. Yo soy más exquisito, yo no hablo así, yo soy más exquisito. Yo no tengo que cambiar la lengua en oro como el Rey Midas... Porque las palabras buenas son las vividas. Las palabras que yo digo son piedra, sillón, y mesa y..., que son las mejores palabras. También son palabras vividas las de la lectura. Pero es que la lectura somos nosotros, la hemos vivido profundamente; las lecturas han sido siempre algo de nuestra vida. Como lo es el *Quijote*. Y puede ser la Odisea; y aquí encuentro a Ulises más malagueño que muchos malagueños.

«Picasso es un fenómeno cósmico»

-¿A qué cree usted que se debió el florecimiento de esa generación tan rica de artistas en Andalucía, con incorporación también de poetas castellanos?

-Mire usted, en primer lugar, se trata de fenómenos individuales. La madre de Juan Ramón alumbró al poeta. Claro, luego eso engendra una cultura, eso es verdad. Y lo de Picasso no se quedó aquí y se fue a Barcelona; el era más catalán que otra cosa. Y muchos creen que Picasso era un pintor francés... *Picasso, Picasso*. Picasso es un fenómeno cósmico, es un

JORGE GUILLEN, AL FINAL

fenómeno extraordinario. Picasso ha trabajado tanto, con tanta variedad, con tanta intención, que si a usted no le gusta esto, le puede gustar lo otro; si no le gusta esta época, le puede gustar la otra. Un trabajador formidable. Un inventor constante, ¿verdad? Yo lo he visto en algunas ocasiones en París. Y era un hombre muy sencillo, muy natural, sin ninguna prosopopeya de maestro, nada, en absoluto. Un hombre sencillo... pero, con una invención fenomenal. Claro que es un fenómeno individual. Y él no podía quedarse aquí, en España; tuvo que marcharse a París, porque era ese en aquel momento el centro del arte; y con la poesía moderna ha pasado lo mismo, con Baudelaire. Claro que nosotros, yo, mis amigos, le dábamos mucha importancia al poeta que ha iniciado la poesía moderna en lengua española...

-Rubén Darío.

-A Rubén Darío nos lo hemos sabido de memoria. Y yo cuando empecé a escribir una mañana de primavera me salió una imitación de Rubén Darío. Me salió una «juventud divino tesoro, ya te vas para no volver...». Luego, nosotros nos hemos apartado de Rubén Darío y del Modernismo, en cierta manera. Pero, yo digo siempre que Rubén Darío si no está *expuesto está supuesto*, está antes. Esto es importante, importantísimo. Rubén Darío era más maestro, cuando yo era un muchacho, que los españoles que yo respetaba mucho, como Unamuno, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez... Es curioso que el mejor amigo que tuvo en España Rubén Darío fue Valle Inclán. ¡Ah! Eso, desde luego. *El otro manco que está en*

Jorge Guillén con Carlos Barral.



Madrid, don Ramón María del Valle Inclán. Y aquí en Málaga ha habido un contemporáneo de Rubén Darío que ha sido Salvador Rueda, un poeta importante. Y le han hecho poco caso.

Las relaciones con Juan Ramón

-Y en Málaga a través de la revista *Litoral* ustedes encuentran un punto de conexión entre los amigos de la *Generación del 27*.

-Sí, claro, ya lo creo. Y mire usted, generalmente, cuando se habla de nosotros hay algunos que dejan fuera a dos personas que son muy importantes, los dos malagueños, Emilio Prados y Manolito Altolaguirre. Los dos, además de ser poetas de mucha calidad, eran dos personas de una bondad, de una generosidad absolutas. Daban todo lo que tenían. Yo tengo la manía de pensar que la ponderación suma que yo pueda hacer de una persona es decirle que es generoso. Porque, en general, la bestia humana no es generosa. Bueno, pues estos dos malagueños lo eran de una manera conmovedora. A Prados lo vi en México. Y a Manolito..., asistí a su boda, en Madrid. Que, por cierto, estaba Juan Ramón, que era una cosa muy...

-Rara, ¿no?

-Sí, sí... Pero, hombre sí... Y recuerdo un detalle, un domingo en Madrid, en la sacristía, y al mismo tiempo se hacía el matrimonio civil, y dice uno de aquellos escribientes: «¡Federico García...!» Y dice Juan

Ramón, con su *ma-la le-che* habitual: «¿Qué bien le va ese nombre, ¿verdad?».

-Las relaciones de Juan Ramón con ustedes no eran al principio muy...

-Juan Ramón era un gran poeta.

-Sí, pero...

-Hombre, la verdad es que empezaban bien y si había tiempo acababan mal. Si había tiempo. Pero, eso es lo de menos. Lo importante es que era un gran poeta, con reacciones histéricas, ¿verdad?, pero extraordinario, y acabó... Eso no quita para que haya sido un maestro. Este año se celebra el centenario de su nacimiento. Yo ya he tomado parte en cuatro homenajes a Juan Ramón, en cuatro revistas diferentes. Siempre mando algo, ¿verdad?; porque lo cortés no quita lo valiente.

-Claro, claro...

-Aunque las relaciones con él eran difíciles, pero eso es lo de menos, ¿verdad? Pero, claro, es que era realmente un gran poeta.

Lorca: «nuestro duelo no termina»

-Hablando de homenajes, usted no ha ido a los homenajes a Lorca en Fuentevaqueros.

-No, claro, no he podido por mi enfermedad. ¡Ah...! Lorca y yo éramos muy buenos amigos. Y claro..., nuestro duelo no termina. Porque yo no he conocido en el mundo una persona más simpática, de una simpatía genial... Y que, en su ciudad, asesinarlo de esa manera... Cuando era de una simpatía extraordinaria. Pero, hombre, ¿cómo se las habrán arreglado para haberle asesinado de esa manera tan vil? *En su Granada...*, como dice Machado. Era un hombre con un don de simpatía verdaderamente fenomenal.

-Fue una tragedia para Lorca y realmente para toda la *generación*.

-Y en ese punto uno no se consuela. Porque es un duelo que sigue. Dámaso Alonso habló sobre Federico hace unos meses en una conferencia en Madrid y acabó diciendo: «¡Pobre Federico, pobre Federico...!» Bueno, qué vamos a hacer... Pero, claro, todo eso era guerra civil.

La dictadura, «una cuestión de tra-ga-de-ra»

-Ustedes después se marchan al exilio. En su caso, ¿había claras moti-



«A mi mujer, Irene, que es romana, también le gusta mucho el mar.»

vaciones políticas? ¿podía haberse quedado?

—No, no es que yo pensara de otra manera, porque en una dictadura no se piensa. Es que no podía tragarla. Es una cuestión de *tra-ga-de-ra*. Yo no podía aguantarla. Me marché con todos los permisos. Y luego, he estado volviendo. Porque mi caso no fue del que se va y ya no vuelve. No... Porque mi padre se puso muy enfermo en el año 49 y he vuelto. Después en el verano del 54... Luego después con más asiduidad. Volví... sin colaborar con la dictadura. No podía publicar.

—Para ustedes fue un destrozo a nivel humano y a nivel cultural.

—Naturalmente. Fuera, nuestra vida, nos la hemos ganado trabajando. Y ha habido que pasar muchas dificultades, hemos pasado frío, hemos tenido problemas de dinero... Yo estaba casado, tenía dos hijos... Y de profesor no es una carrera como para ganar dinero. Hemos pasado muchas dificultades. Luego, por otra parte, yo sentía el estar fuera del ambiente de mi tierra. Estábamos preocupados por lo que pasaba en España. Sin embargo, tuvimos una acogida generosa. No fue un camino de rositas, no, no. Porque ha sido una cosa larga, a veces difícil, sin dinero, sin esto, sin lo otro... Pero, menos mal que hubo una emigración fenomenal de europeos y que tuvimos buena acogida.

«Pero, ¡pobres chicos! ¡ser neonazi!

—Y ahora, con la democracia...

—Yo, a pesar de todo, no pierdo la esperanza. Yo creo que España va a mejor. Hay una monarquía constitucional, democrática. Hay un Rey muy bueno, que la preside muy bien, ¿verdad? Vamos hacia adelante y yo creo que no habrá un retroceso. Además es una minoría la que quiere

un retroceso. Ahora, que esos retrogrados meten mucho ruido.

—Y susto, ¿no?

—Es un ruido que molesta. A pesar de todo, vamos hacia adelante. Yo digo siempre que ponerse en lo peor es colaborar con el peor. Y no, no, no se puede hacer esto. Claro es muy difícil ser puro... Y ser puro republicano es una cosa utópica por ahora, ¿verdad? Vaya usted a saber más tarde, no lo sé. Ahora tenemos un régimen constitucional y a mí me da vergüenza pensar que haya siempre algunos españoles que tropiezan con la palabra Constitución, como Fernando VII.

—La noche de Tejero se le pasó a usted por la imaginación la vuelta otra vez al exilio.

—No, hombre, no... Ahora, que estuvimos asustados como todo el mundo. Pero, no... Aquello fue una salvajada. Y aquella información tan buena que hemos tenido en televisión... Claro, que si hubiera prosperado... Ahora, a mí se me cae la cara de vergüenza cuando pienso en esos letreros que hay por ahí.

—Aquí, muy cerca de su casa, tiene un letrero pidiendo la laureada para Tejero.

—Es una minoría, es una minoría... Todo eso son consecuencias todavía del franquismo. El franquismo ha corrompido esta sociedad durante muchos años. Y hay incluso, neonazis. Pero, ¡pobres chicos!, ¿quién les corrompe, la familia, sus maestros? Yo no sé... ¿algún amigo? ¡Ser neonazi! Eso es atroz. El nazismo ha sido lo peor del siglo XX, que ha sido de tiranías. No digo dictaduras para disimular; tiranía y guerras espantosas; sobre todo, en la primera mitad. Y a pesar de eso, sigue la producción poética, la producción cultural, que es lo que salva a este siglo. Lo terrible ahora son los conflictos, los organizadores de...

—Que estamos en manos de los organizadores de las guerras.

—Y ahora si a un árabe... Yo digo, a nuestra manera, si a un moro se le ocurriera con su potencia petrolífera... ¡Moro de la morería! ¡Abenamar, Abenamar, moro de la morería! *El día que tú naciste grandes señales había. Estaba la mar en calma, la luna estaba crecida, moro que en tal signo nace, no puede decir mentiras...* Eso se lo decían a Abenamar. Y Granada... ¡Qué ciudad! Mire, cuando una vez he estado en la Alhambra y he visto a un moro con la chilaba, he pensado que dirá: «¿Pero, qué hace esta gente?». Claro, porque los extraños somos nosotros. Andalucía tiene un sedimento de culturas extraordinario, ¿verdad? Y la cultura latina. Yo me alegro mucho de haber sido romano en Valladolid.

—Y de haber llegado a *Final*, que es el título de su última obra, ¿no?

La idea de la inmortalidad me aterra

—Sí, que se está componiendo ahora en Barcelona, en *Barval*, y espero que aparezca en septiembre u octubre.

—Son varios tomos, ¿verdad?

—Sí. El primero es *Aire nuestro*, luego *Cántico*, después *Clamor*, *Homenaje* y *Otros poemas*, que es el *Final*, con 2.500 ó 2.700 páginas. Y ya creo que he dicho todo lo que tenía que decir. Pero, claro, si yo sigo en este planeta y le dejan a uno vivir...

—Yo creo que sí.

—Lo que me interesa ahora es ver publicada esta obra.

—¿Cuáles son ahora, en su poesía, sus preocupaciones por el hombre?

—Mire usted en mi libro, *Final*, pues, como siempre, sintiendo la vida y protestando contra todas las injusticias sociales. Y luego, pues resignándome a la muerte. Porque yo no sé lo que pasará después. Pero, a mí la idea de la inmortalidad me aterra. Porque, ¿qué haría yo fuera del planeta... sereno, tranquilo...? ¿qué haría yo sin leer la Prensa ni nada, cantando los loores del Señor? Yo no me veo ahí. Bueno, sería una sorpresa... Mire usted, Dante, que es un poeta genial, hizo una obra sublime que es un absoluto disparate. ¿Cómo se puede pensar en una condenación eterna? ¿se puede decir una mayor barbaridad? ¿se ha pensado en la tierra una barbaridad mayor, una injusticia mayor que una condenación eterna? El *Infierno* de Dante es maravilloso... ¡Ja, ja, ja...!

Y luego Irene, su mujer, se coloca a su lado, y el poeta, que cree en la tierra, dice: «¡Esto es en lo que yo creo! ¡Esto es en lo que yo creo!» ■
A.R.E. (Fotos del autor).